

VIAJE A ITALIA

(septiembre 15 al 30 de 2018)

VIAJE BOGOTÁ - FLORENCIA

La navajita terrorista

Nuestro viaje partió de Bogotá hace ya un par de días. Salimos por Iberia como a las 5 de la tarde. La primera gran sorpresa es que, sin tenerlo muy claro, Graciela había comprado clase Turista Especial. La clase Turista es una especie intermedia entre la Primera y la Económica; en términos sociológicos es como una media alta, pero lo que en principio parece intrascendente, realmente en un viaje tan largo, 9 horas, se torna muy relevante. La diferencia fundamental radica en el espacio del que dispone cada pasajero. Un pasajero clase Económica, está hacinado, entre comillas, lo que se traduce en los pasillos hay grupos de tres sillas, mientras que en clase Turista, en los pasillos hay grupos de dos. Claro, la diferencia para moverse, para sentarse y para dormir (o por lo menos cabecear), es enorme. En el vuelo más reciente, Madrid – Florencia, de una hora y 45 minutos, dos espacios son para “japoneses”: molestan las rodillas; queda bastante apretujado. ¿Cómo será en un vuelo más largo? En clase Turista el espacio para moverse es mucho más grande. Me supongo que también habrá diferencias en comida. En clase Turista usted tiene un juguito antes que empiece el vuelo. En Económica nada y obviamente en Primera pues le dan champaña. También en Primera clase, lo que se alcanza a ver, es la diferencia en espacio. Allí el espacio es tan grande permite estirar los pies y obtener una posición muy similar a la que se tiene en la cama, no es exactamente igual de cómoda, pero casi. Alguien me explicaba que la Primera clase vale, lo que vale el espacio que ocupa el pasajero se ocupa el equivalente a tres pasajeros de clase Económica, luego vale el triple.

Bueno, realmente lo anterior fue una grata sorpresa, que minimizó mi pesar de tener que dejar en una urna mi navajita “Victorix”. Como hacía tanto tiempo no viajaba ni nacional ni internacionalmente, se me había olvidado aquella medida contra los “terroristas” que quieren secuestrar aviones con un cortauñas. Cuando viajaba con frecuencia, lo tenía muy presente y unos días antes desmontaba de mi llavero la navajita. Pues aquí me tocó dejarla. Es una cosa absolutamente absurda. No se puede guardar en un locket; no se puede echar en el equipaje porque sus maletas están quién sabe dónde, ni tampoco, cosa que inicialmente pensé ingenuamente, hacer que un funcionario se la entreguera a Juan José que nos había llevado hasta el aeropuerto. No, no se puede sacar, no se puede mover, no se puede tocar, parece como si fuera una bomba. Me disgustan mucho estas medidas de seguridad. Cuando ha habido secuestros de aviones o un 11 de

septiembre, por ejemplo, nada se dio por las navajitas, o sea por procedimientos tan pedestres como estos, son mucho más sofisticados. Sin embargo, continua un hostigamiento permanente; quizá lo hacen para dar la sensación de seguridad a los pasajeros. A mí me produce mal genio.

Yo dormí bastante en el viaje a Madrid. Graciela se vio, dice, como 4 películas. No recuerda obviamente ninguna porque duerme más de lo que reconoce. Me impresionaron mucho algunos datos que se logran ver en las pantallas. Por ejemplo: el hecho de que se vuela a cerca de 11 mil metros de altura, o sea cerca de 11 kilómetros. Yo tenía una regla nemotécnica que era que un vuelo iba a 800 kilómetros por hora y a 8 kilómetros de altura. No, hoy día son más o menos 11 kilómetros de altura y casi 900 kilómetros por hora. Esto aumenta obviamente la velocidad y minimiza el tiempo de vuelo casi en una hora, no sabría con exactitud pero a Madrid desde Bogotá, fácilmente uno podía, llegando a Madrid, gastar 10 horas. Ahora está gastando 9. Claro, no alcanza las velocidades mach, o sea la velocidad del sonido que son 340 kilómetros por segundo. Eso lo realiza el Concorde que salió por ser ruidoso y costoso. Ahora están fabricando unos aviones análogos al Concorde, que no han puesto todavía en funcionamiento comercial, que alcanzan uno mach y un poquito más. Es una velocidad como de 2000 kilómetros. Sorprende también, fuera de la velocidad, la temperatura exterior: menos 56 grados centígrados. Eso es para congelar lo que está congelado, es una barbaridad. Si uno lo compara, por ejemplo, con lo que puede ser en el monte Everest, que digamos tenga 7 mil metros de altura (siete kilómetros), en 7 mil son menos 10 o menos 20 grados.

Los nombres como apellidos

En Madrid teníamos que esperar 4 horas, Graciela muy prudentemente había sacado el pasaje de forma que nos quedara un tiempo amplio y efectivamente lo hizo muy bien porque es que Madrid, a mí se me había olvidado, es un aeropuerto monstruo, en comparación con Bogotá, por ejemplo. En Bogotá podríamos decir que tenemos un edificio, aquí son dos o tres. Y entre el primero, que es el espacio donde usted aterriza y el segundo, que es donde recoge las maletas, usted tiene que ir en tren, en un tren subterráneo que parece un metro y no es una cuadra, ni dos; yo creo que fácilmente es un kilómetro y más. Esto es una cosa gigante que tiene también una estructura muy linda que me recordó el edificio que sustituyó las torres gemelas, donde parece que usted se mete dentro de una ballena porque puede ver toda la osamenta, todo el esqueleto interno. Las grandes costillas que son las grandes vigas que constituyen la estructura. Aquí es algo parecido, muy hermoso. Allí estuvimos 4 horas para esperar el vuelo a Florencia, que entre otras

cosas era por otra aerolínea, ya no Iberia sino “Vuelin”. Bueno ahí uno se da cuenta que Madrid – Florencia es un vuelo casero. 180 pasajeros en lugar de esos gigantes que vuelan por encima de todo el atlántico. Tuvimos tiempo para mirar vitrinas y almorzamos con algo que me recordó el viaje anterior a Madrid, que es ese jamón de bellota, un jamón serrano de cerdos alimentados exclusivamente con bellotas. En un restaurante, que tiene esa peculiaridad simpatiquísima para los latinoamericanos, de un nombre que parece un apellido. Este se llamaba “Ricardo Tomás”. Tomás, para uno es un nombre, pero no, para los españoles es un apellido. Como los españoles existen antes que los latinoamericanos, la cuestión gramatical es válida aunque sea al revés, ¿no?

Bueno, ese fue el vuelo Bogotá – Madrid – Florencia

Primer día en Florencia

El Hotel

Llegamos a un hotel que es y no es un hotel, pues no encaja exactamente en lo que se podría denominar hotel, pero tampoco es esa modalidad que se está imponiendo donde aparece una familia que alquila una habitación y que responde por el huésped. No. Esto se llama “casa de la época”, no sé exactamente cómo traduce; es un lugar donde usted tiene 4 ó 5 habitaciones con con baño independiente y lo particular es que posee una infraestructura administrativa mínima. En el nuestro hay dos personas, una que hace el aseo y tiende las camas y un administrador, que tiene una ventaja para el caso nuestro: habla español. Entonces es pequeño, a usted le dan las llaves del edificio, que era un edificio de 6 pisos pero solamente uno se encuentre dedicado a alojamiento de huéspedes, el resto son apartamentos de familia u oficinas.

Es una habitación muy bella, relativamente recién remodelada y lo que más me ha impactado es que tiene unos baldosines muy parecidos a los que uno podría encontrar en las casas antiguas de Bogotá y que últimamente se ha vuelto a poner de moda. Lo que pasa es que los usan como si fueran alfombras y están enmarcadas de piso de madera. No solamente sirven para decorar el piso sino que en el baño están puestos en una de las paredes, lo que lo hace precioso. Impresiona. Es un cuarto amplio, con una pequeña nevera, un cuadro con un par de angelitos que yo no puedo dejar de pensar que son asexuados, pero que le dan un toque acogedor al cuarto. Existe también una ventana que da a la calle y que ilumina el cuarto discretamente y su aire acondicionado. Eso sí, tiene unos escalones internos que si uno se descuida y se le olvida que existen se puede pegar su porrazo.

Nos dormimos y al día siguiente nos despertamos a las 9 y media de la mañana. Este cuento del ajuste del cambio horario es mucho más serio de lo que uno piensa. El cuerpo sigue programado y no logra adecuarse rápidamente. Pero igual no teníamos prisa. Fuimos a desayunar a un restaurante cercano y a continuación la niña del hotel nos habló de tres sitios claves para los turistas: la Plaza de Mercado, el Palacio Vecchio y la Catedral de Florencia. Yo le agregué el Museo Galileo que había visto en un mapa.

Las Vespas

Antes de referirme al Palacio, hay una serie de cuestiones que impactan mucho. Dos en particular: una, la cantidad que existe de Vespas, de motocicletas. Se podría decir que el número es igual al de automóviles. Montones, por todos lados, hombres y mujeres, jóvenes y viejos. Pero además, el número de motocicletas Vespa es absolutamente mayoritario frente a los demás tipos de motos. La Vespa tiene un diseño muy particular y es que el motor está atrás, como en la cola, análogo al caso de los carros Volkswagen, alemanes. Lo anterior deja las piernas libres en la parte delantera. Está Vespa como cosa que impacta mucho, son muy lindas, yo compré un par de juguetes de Vespa; están hechos en metal.

El espacio público

La otra cuestión tiene que ver con el espacio público. Los bogotanos estamos sumidos en un debate: el caso de los vendedores ambulantes que copan el espacio público. El espacio público es público. Pero tampoco puede entrar a solucionar el problema de los desocupados de manera dictatorial: desalojándolos indiscriminadamente. Bueno, esa es una discusión de otro tenor. Lo que es importante es observar cómo aquí muchas de las vías que son de tres carriles, van en una dirección y permiten parquear tanto en el carril derecho como en el carril izquierdo dejando libre el central, en uno de los carriles, en lugar de zona de parqueo existe una zona de restaurante; o sea: si un restaurante tiene un localito pequeño, monta sobre la calle misma una carpa con 4 ó 6 mesas. Lo monta no sobre la acera que es muy pequeña, sino sobre la vía pública misma, como si se tratara de dos carros o tres carros parqueados. Eso hace muy amable el espacio para el peatón, porque además, usted se puede sentar allí a comer y tomarse un café. Hace muy acogedor el espacio público. Me supongo que pagará un impuesto a la alcaldía. Esto entra a complejizar la mirada sobre el espacio público que tenemos en Bogotá. Claro, Cundinamarca no es Dinamarca; no nos podemos olvidar de eso. Pero interesante de todos modos.

El Palacio Vecchio

Inicialmente nos dirigimos al Palacio Vecchio. Cuando usted está ubicado en Florencia su actitud con la ciudad es muy distinta de la que asume cuando está en Barcelona, por ejemplo. En Barcelona uno no tiene esa actitud reverencial que asume en Florencia. Sabe que en Barcelona se va a encontrar con las maravillas del siglo XX, ¿sí? Se va a encontrar con Gaudí, se va a encontrar con Picasso, con Dalí, pero es que en Florencia usted se va a encontrar con Miguel Ángel, con el siglo XVI; se va a encontrar con el pasado. Ya no será una iglesia como la de la Sagrada Familia que es un monumento fantástico, alucinante, pero es una obra moderna; se va a encontrar con la catedral que tiene siglos y de siglos de antigüedad.

En el Palacio Vecchio, lo primero que sorprende es la torre, porque no es un campanario como en las iglesias, sino una torre como una aguja que unos metros antes de acabarse posee como un minarete alrededor. En Florencia hay muchos, en Italia me supongo que también. Yo nunca los vi en París, por ejemplo. Ese tipo de torre es muy representativa de la arquitectura italiana.

Cerca al Palacio Vecchio usted encuentra el Museo Ofizzi, el museo de museos de Florencia. La construcción no tiene esas plazoletas que la enmarcan y que permiten ver el edificio completo, sino que está todo un poco atiborrado.

No entramos, hay que reconocerlo. Es que entrar a un museo es cosa seria. A Graciela, cuando fue averiguar le dieron un ticket especial por tercera edad donde le ahorran dos horas de cola; ¿se imagina? la cola puede llegar fácilmente a 3 ó 4 horas. Y sí, allí había obras de Caravaggio pero 4 horas para verlo. Hubiera querido contemplar a Botticelli, pero curiosamente no sé si La Primavera se encuentra ahí o en otro museo; ¿en Francia? ¿En Estados Unidos? No tiene nada de raro. Así como los europeos sustrajeron, por no decir robaron, millones de piezas del África y del Asia, también los gringos, recientemente le han comprado a otras culturas, como los europeos.

Bueno, pues no entramos pero lo vimos desde afuera y les deseamos muy buena suerte a los señores y señoras que estaban haciendo esa interminable cola. Claro, en Florencia hay museos cada cuadra. Casi que uno podría decir que hay tantos museos como tipos de vino. Cuando le pasan a uno la carta o cuando ve un afiche con las cepas que se producen en Italia, pues dice: “caramba son decenas y decenas de cepas”. También hay decenas y decenas de museos. Bueno, no nos dio tristeza no entrar al Museo de los Ofizzi.

El Palacio Vecchio tampoco lo vimos por dentro, pues también es un problemonón. Lo que uno encuentra a la entrada son dos estatuas gigantes, tal

vez de 3 metros de altura. Una de ellas es El David de Miguel Ángel. Graciela me aclaraba que había leído en alguna revista que ese David no es el original, sino una copia, que evita el deterioro, de la intemperie; luz, aire, hasta las palomas: ¿no?, las palomitas que hacen con sus cagadas bastante daño al mármol y en general a otros materiales. El original se puede ver, pero hay que pagar no sé cuánto.

Alrededor hay una plazoleta donde están muchas más esculturas. Bastante soso porque uno siempre ve la escultura insertada en un edificio, por ejemplo. Aquí están como expuestas en un cobertizo; eso le quita elegancia, pero bueno, de todos modos, lo que uno va a ver ese David inmortal el cual se encuentra por todas partes como artesanía. Últimamente han sacado unas copias simpáticas donde el David clásico ya no es en marmolina sino en una especie de caucho en colores estridentes: rojo, verde, azul; y con esa característica uno no decide si lo compra o no lo compra, porque bordea lo kish; no alcanza a ser kish; tiene un no sé qué que lo hace atractivo.

El río Arno

Para llegar al Museo de los Ofizzi y al Palacio Vecchio hay que pasar por el puente Vecchio, que está a unas dos cuadras y es el puente clásico de Florencia. Es un puente que se caracteriza por tener encima del puente, edificios, unas pequeñas edificaciones, casas de 3 ó 4 pisos. Es un puente rarísimo. Además, ya cuando usted lo ve de cerca pues lastimosamente, los terceros y cuartos pisos de algunas de las casas están casi en ruinas. Los primeros están ocupados sobre todo por almacenes de joyas, pero los últimos pisos de muchas de las casas están como abandonados. Sin embargo, es un puente muy sui generis que está atravesando el río Arno, un río análogo al Sena, muy limpio y siempre con edificaciones antiguas a los lados, de 4,5 ó 6 pisos, que bordean el río. Allí nos tomamos una foto con el puente de fondo. Pero increíble, fue difícil encontrar quién nos hiciera el favor. Ahora todo el mundo anda con esa varita que le permite tomarse selfie y nosotros nos reusamos a adquirirla.

En todas esas casas aparecen las cortinas de madera que van en las ventanas, también algo muy particular de Europa. Nunca he sabido bien cuál es la función; pareciera ser climática, para evitar el sobre calor y el sobre frío; dicen que lo inventaron los árabes, no sabría qué tan cierto es, pero hoy día parecieran tener una función más estética que funcional porque por ejemplo en la habitación, nosotros tenemos la cortina en la ventana pero no juega ningún papel relevante, porque existe un sistema interno de ventilación y de aire acondicionado. A

propósito, no nos ha hecho frío para nada, pero tampoco ha hecho calor excesivo. Hemos podido caminar. A veces hay momentos de sol; sin embargo, usted no resiste ponerse un saco, no lo necesita y aunque el calorcito es rico lo sofoca un poco, para uno que viene de tierra fría el calor le pega duro. Claro, eso se compensa con el cambio de altura, como usted ya está al nivel del mar pues por lo menos en mi caso, ya no se me inflaman tanto los tobillos y sé que la tensión arterial también es mucho mejor.

También en estas zonas turísticas existe mucho pintor callejero, pintor que pinta el lugar, pero pintor también pinta las caras de los turistas, como en Montmartre en Paris.

La Catedral

Después de hacer nuestro periplo por estos dos primeros hitos, el Palacio Vecchio y la Galería o el Museo de los Ofizzi, nos fuimos para la catedral de Florencia cuya cúpula elaboró Brunelleschi. Es un sueño que yo tenía desde hace 50 años porque como me gusta leer sobre arte y sobre arquitectura, Brunelleschi era algo que estaba al orden del día. La catedral, tal como aparece en las tarjetas postales, sobresale desde lejos por encima de los tejados del alrededor de manera fastuosa. No costaba nada, a diferencia de otros sitios, pero la cola fue cerca de más de una hora. Es algo que lo deja a uno sin aliento. La catedral realmente son como tres espacios el campanario, el bautisterio y la iglesia. Uno de ellos es la torre que no está adherida a los otros edificios sino a unos metros de ellos. Es una torre con un remate rectangular e igual que el resto de las paredes de la iglesia esta forrada en mármol blanco y mármol verde. Uso insólito porque el mármol siempre uno lo encuentra es en paredes y pisos, pero no en las fachadas. Hay gente que hace cola para subir, pero deben ser como unos 10 pisos; imposible pensar en semejante tarea, apoteósica para mí edad.

En la cola no faltan los colados. Atarbanes hay de todos los países. Graciela dice que se oyen muchísimos y muchísimos idiomas y tiene razón. Nosotros teníamos unos franceses enseguida. Cuando se lleva una hora o una hora y media haciendo cola uno se vuelve muy sensible con los colados; de golpe llegaron unos franceses que no se conocían con los de la cola, simplemente oyeron hablar en francés a los que estaban en la cola y se metieron. Y a los 15 minutos llegaron otros que hicieron exactamente lo mismo y se metieron; o sea, tuvimos dos grupos de cinco personas coladas, simplemente porque hablaban francés. Uno entiende que si le están guardando el puesto a la abuelita pues obvio que puede perfectamente ingresar pero en este caso...

Ingresamos y el ingreso, por lo menos para mí, fue muy decepcionante. No vi por ningún lado la majestuosidad que se observaba fuera. Cuando entré, la cúpula se me achicó, me pareció chiquitica, yo esperaba algo gigante y nada. La iglesia es preciosa por fuera pero no por dentro. Por fuera su cúpula es alucinante; además se encuentra recubierta con tejas de barro lo que la hace deslumbrar con el sol. Quién sabe qué opinen los expertos, pero realmente para mí si fue como un baldado de agua fría, cosa distinta a lo que me sucedió en Barcelona con la Sagrada Familia, donde usted por fuera ve una cosa majestuosa pero por dentro es más majestuosa todavía

Segundo día en Florencia

El Museo Galileo

Hoy no nos levantamos tan tarde porque ya más o menos habíamos compensado el desfase horario. Lo primero fue el desayuno y el desayuno, a diferencia de España, por lo menos para mi percepción, privilegia mucho el huevo, particularmente una modalidad que es el omelet que yo no he aprendido hacer, pero que me voy a proponer lograrlo apenas llegue a Bogotá. Graciela pidió un omelet con papas que termina siendo casi una tortilla española y yo pedí un omelet con jamón y queso. Ambos iban con capuchino y jugo de naranja natural, pero ninguno tenía cruasán o tostadas, cosa que le parece a uno obvia en un desayuno. Bueno, son pendejadas de las costumbres culinarias que uno poco a poco va aprendiendo.

Nos fuimos entonces para el Museo Galileo. El Museo es muy fácil de encontrar, aunque no está tan cerca. Uno se va paralelo al río Arno. Del hotel son casi dos cuadras el río Arno y ahí uno camina 5 ó 6 cuadras.

El Museo me pareció un poco desconcertante, yo esperaba, por ejemplo, todos los alegatos del Galileo con el Papa, que casi lo conducen a la hoguera. Pero no; aquí usted llega y lo que encuentra son muchos instrumentos; preciosos, bellísimos, en madera y en bronce, todo dorado. Pero me faltó el contexto histórico que no está exhibido.

Lo que si hay es una librería absolutamente hermosa, con decenas de libros para niños, bellísimamente ilustrados; claro, en italiano y uno que otro en inglés. Para todos los niveles de complejidad. Creo que un estudiante de historia de la ciencia perfectamente puede nutrirse, como también un niño que está iniciándose. El Museo no está enmarcado en la ubicación socio-política. Por decir algo, no se ven pinturas, no se ve el ambiente.

El museo gira en torno al trabajo del científico por comprender el espacio y el tiempo. Lo más impactante, para mí, fue el trabajo de medición del tiempo a través de relojes. Parecía que uno estuviera en Suiza, en la casa matriz de una fábrica de relojes. Preciosos. Existía, sin embargo, una sección interactiva, como un pequeño Maloca. Había una docena de aparaticos con los que uno podría jugar y simultáneamente ilustrarse; el modelo de Tolomeo sobre el sistema solar, por decir algo. Estaba al final del Museo y debía estar al principio, pero bueno. Piensa uno que estos tipos tienen mucha experiencia en didáctica de los museos y no es tan cierto. El Museo es más como un depósito clasificado; obviamente no está pensado para un público no especialista en el rollo, ¿no? De todos modos, lindo. Yo esperaba comprar alguna cosita; había algunos aparaticos pero excesivamente costosos. Lo único que terminé comprando fue una cajita para echar las pastillas que decía Galileo Galilei.

Almuerzo con etiqueta Michelin

La idea era almorzar en un sitio cercano al lugar de alojamiento para yo poder echar mi siesta constitudinaria, lo que efectivamente hicimos. La caminata es un poco enredada porque no nos metimos por el río Arno sino por dentro de la ciudad y esta es una ciudad antigua, que no está pensada en términos cartesianos; es decir, no hay una retícula de verticales y horizontales que lo guíen a uno, sino que casi que son puras diagonales. Obviamente tampoco existe la numeración arábica sino los nombres de las calles: de santos, de reyes, de emperadores; entonces, a pesar de tener un mapa se pega uno sus desorientadas.

Llegamos a almorzar a un sitio que Graciela había identificado, muy especial. Tenía una etiqueta de Michelin, o sea, todo parecía indicar que, aunque era una cosa muy pequeña tenía un reconocimiento como de cocina de autor y evidentemente los platos eran “bocado de cardenale”, deliciosos y preciosa, las dos cosas, la presentación y el sabor, ¿no? Gracielina se animó y pidió Primero y Segundo plato, como se acostumbra en Italia, pero es un error porque como ella misma dice: un plato, el primer plato es muy pequeño para quedar uno almorzado pero dos platos es demasiado. A veces nos ha ido bien con una entrada, como primer plato, porque nos la comemos entre los dos. Y así si le cabe a uno el plato central. Ella pidió algo como Ricotta con Espinaca, y como plato central como una Lasaña. Yo solo pedí un plato; estaba sobre una pasta muy dura, que la comí pero realmente no creo que no se debía; parece más bien para sostener, para hacer la horma donde va depositada la comida. Iba con espaguetis, pollo y una capa muy gruesa de queso parmesano y todo con una mostaza exquisita. Pedimos media botella de vino blanco, costó 9 euros. Almorzamos en la parte de afuera, ahí había

tres, cuatro mesitas. Usted veía el buen gusto desde los cubiertos y las servilletas. No le ponen a usted un papel, por ejemplo, sino es una servilleta con un dibujito que la hace más agradable.

Eso fue la mañana. Eché mi siesta, una hora como en Bogotá. Ya tengo un ritmo muy parecido al de Bogotá y estoy muy tranquilo porque Graciela me ha hecho el favor de echarme las gólicas en la nariz que recomendó el otorrino. Hoy en el transcurso del día, se cayó por sí sola la gasa que le colocan a uno para detener la hemorragia, cuestión que era muy fastidiosa porque me dificultaba la respiración y además me volvía el tono de voz como afónico. Pero sin darme cuenta, pumm; se fue cayendo a pedazos y ya prácticamente no tengo gasa en ninguna de las dos fosas nasales.

El mercado

Bueno, me eché mi siesta y nos fuimos para el mercado. El mercado es bastante lejos, pero bueno, ahí a trompezones fuimos llegando. Es un mercado con una infraestructura muy antigua que lo hace sentir a uno en una estación de tren de finales del siglo pasado. Tiene una altura fácilmente de 5 pisos. Dentro del mercado no venden comida: son restaurantes. Ambos, Graciela y yo, inmediatamente recordamos lo que están haciendo en la Plaza de la Perseverancia porque casualmente habíamos estado comiendo allí una semana antes de venirnos. La Plaza de Mercado de la Perseverancia la han convertido en un lugar cuasi gourmet de comida típica; todo muy aseado, muy limpio, muy organizado. Nosotros terminamos ahí, porque casualmente en Lubina alguna conferencista trajo a su mesa de discusión a un chef que tenía un puesto en la Perse. Claro, la Perse también tiene su encanto; la estructura es en madera, divinamente bien conservada y trabajada. En esta Plaza de Mercado la estructura es en hierro.

Graciela compró una pimienta especial y también compró orégano en un sitio súper chic. Yo me antojé por un delantal. En los alrededores de la Plaza se ve mucha gente comiendo pizza e inclusive sushi. No es solamente comida italiana, aunque la mayoría es obviamente lo que se llamaría “típica”. Hay una variedad muy grande de personas y se ve mucho turista, aunque también mucho italiano. En los alrededores de la Plaza la situación es muy similar a “San Victorino” porque son montones de quioscos al aire libre con unas carpitas para cubrirse del sol y la lluvia y venden toda clase de cachivaches: desde artesanías, bufandas, cuero, (el cuero que lo trabajan muy bien los italianos); pero lo que más impacta es que la gran mayoría de estas carpas no son atendidas por italianos sino como iraníes;

podrían ser hindúes, aunque el hindú para mí tiene una piel más morena. De todos modos, tienen un idioma muy raro y sí, es como un territorio controlado por ellos. De 10 carpas encuentra usted 7 u 8 que son de ese grupo.

Curiosamente allí compramos algunos suvenires. Yo compré algo que quería pero que no había conseguido en otros lados: el famoso dibujo de Leonardo de un hombre con 4 brazos, hombre que dibuja su círculo alrededor de su cuerpo con 4 brazos. Está montado como en un bloquecito tan grande como una pelota de Beisbol y es como de acetato. Un poquito pesado quizás.

Tercer día en Florencia

La Campiña

Hoy hicimos una excursión por los alrededores de Florencia (La Campiña); nos montamos en un bus gigante, nuevo, de dos pisos y con aire acondicionado pero sin baño. Uno está acostumbrado a que estos monstruos tienen baño y no. Esta cuestión es para mí tensionante por aquello del diurético que tomo. Por fortuna, lo capotee sin mayor problema.

En la Campiña florentina usted encuentra lo que son algunas ciudades medievales. La primera que estuvimos está una muralla y al interior tiene una pequeña población, con media docena de casas. El problema es que todos estos castillos medievales están hechos en las cimas de pequeñas montañas que surcan el campo; no están en la tierra plana sino en la parte superior, por razones obvias. Pero como son medievales, las edificaciones son muy antiguas y no permiten el ingreso de vehículos y menos de estos buses que parecen borradores, entonces le toca a uno pegarse una caminata. Dicen que es de 5 minutos pero al trote, porque los guías andan muy rápido y además, es subiendo. Yo sufro mucho porque aunque no soy malo caminando en plano y a una velocidad normal, subiendo y corriendo, me quedo de último, con la angustia de que existe la posibilidad de perderme. Sin embargo, en el tour hay algo que tranquiliza que no nos pasó en Paris, donde prácticamente nos perdimos. De pura chepa nos topamos al final con el bus, porque eso hay 60 ó 70 buses casi iguales en los parqueaderos. Por lo menos en esa época no tenían realmente un sistema para cuidar a los miembros de tour, que en este caso éramos 70. Aquí sí. Aquí existe un sticker que le pegan en la camisa y el sticker tiene un teléfono; a ese teléfono se puede uno comunicar me supongo que con el guía o con la empresa y contactar y reencontrar; además, los guías, que en este caso eran dos mujeres relativamente jóvenes, están pendientes y en dos o tres ocasiones durante el recorrido, llaman a lista para ver si están todos completos. Eso lo tranquiliza a uno

mucho. Claro, con un movimiento tan verraco de turistas deberían tener ya sistemas muy afinados de detección de perdidos. ¿sí? Porque este es bastante artesanal; quizá hasta podrían usar GPS.

Tuvimos también la suerte de tener un tour con traducción en inglés y español, un español muy bien hablado; no era con acento particular latinoamericano ni con acento español pero muy claro. Salimos de la estación del tren, porque allí era la cita. Graciela, que tiene un don especial para estas cosas turísticas, había contactado la noche anterior un chofer que se ofreció a recogerla a las 7 y media de la mañana porque el tour salía a las 8 y media. Estábamos muy cerca del hotel; cobró 10 euros que no es mayor cosa, aunque es alto por el recorrido tan corto. Claro que ese costo no parece muy alto hasta que uno multiplica el euro por tres y pico.

Estuvimos almorzando en una pequeña cafetería, minúscula, que tiene Burger King, el cual no abre sino, no sé, a las 9 de la mañana. Nosotros desayunamos tipo 7: un jugo de naranja de verdad, un cruasán y un capuchino. Aunque tenía temor que como tomo muy poca leche, la lactosa me cayera mal, pero no, no he tenido absolutamente ningún problema de la barriga, eso ha sido muy bueno.

Entre chiste y chanza; como un paréntesis: aprendí que Puente Vecchio o Palacio Vecchio no es lo que uno inicialmente se cree: Palacio o Puente Bello; no: significa viejo, es el Puente Viejo y el Palacio Viejo.

Nos fuimos entonces a una fortificación que realmente me estresó mucho porque hubo que subir como ya decía una lomita, que casi era una lomota. ¿Y allá uno llega a qué? Pues a buscar el baño, porque no sabe a ciencia cierta cuándo tendrá otra vez acceso al baño. Graciela compró un tinto, yo compré un vaso con agua, uno toma mucha agua.

Siena

Bueno, ese sitio realmente no tenía ningún encanto, pero pasamos inmediatamente a Siena. Siena es una ciudad de la edad media. No es una ciudad renacentista como puede ser Florencia. Florencia estaba al pie del río y tenía un gran desarrollo comercial, por eso aquí se ubica la estirpe de los Médicis y el desarrollo del arte y el renacimiento, mientras que Siena es una ciudad que se queda en la edad media porque está en una cumbre y porque además casi que es eliminada del mapa por la peste negra. O sea: Siena tiene su desarrollo en los siglos X al siglo XIII, con un gótico que es raro porque no es como el que se ve en los manuales de arquitectura. Es encantador que un neófito como yo pueda

contrastar lo que son las edificaciones del renacimiento con las de la edad media. A propósito de edificaciones, por toda Florencia, desde el primer día cuando llega uno al aeropuerto hasta el hotel y después cuando sale del hotel hacia Siena, lo que uno encuentra la ciudad, digamos finales del siglo XX en adelante es una ciudad con edificios más o menos de 5 ó 6 pisos. Se podría pensar digamos en Pablo VI, ni siquiera en el Centro Nariño, porque allí los edificios son más altos.

En Siena nos mostraron la Plaza Central, es absolutamente hermosa. Está el Palacio de los Médicis y Siena a la que obviamente tampoco se puede subir en bus, está toda empedrada y llena de tienditas artesanales y de pequeños restaurantes. Allí compramos unas aceiteras muy lindas, las he visto en Bogotá pero a unos precios altísimos; aquí costaron como 10 euros cada una. Nos las dieron muy bien empacadas, lo que hace que queden protegidas para el viaje.

En Siena estuvimos también en un pequeño tour, ya no con las niñas del bus sino con las guías de la ciudad y nos contaban de que uno de los eventos actuales más importantes con una gran tradición histórica, son las carreras de caballos. Yo pensaba en el Carnaval de Barranquilla donde cada localidad tiene su carroza y sus hinchas y su reina. Aquí cada localidad tiene su bandera, sus jinetes, sus caballos y hacen carreras apoteósicas dos veces al año verdaderamente. Fue muy simpático oír a la guía que Fernando Botero, el pintor colombiano, había quedado tan encantado con el espectáculo que diseñó una bandera para una de las localidades.

En Siena también nos sentamos a comer helado en un sitio, todo el mundo tiene sus charreras, donde supuestamente venden el mejor helado del mundo y dicen que es de verdad, que han participado en concursos especiales y que efectivamente se ha constatado el premio. Muy rico, nos comimos una Banana Split y nos fue muy bien.

En un tour usted interactúa de forma episódica con los compañeros que van al lado. Por ser un tour en español, había de muchas regiones de América Latina: chilenos, mejicanos, ecuatorianos, colombianos, peruanos etc. Los tours son siempre costosos, este costó 63 euros por persona, incluido, eso sí, el almuerzo. Aunque la relación es muy tangencial, usted ve muchas cosas que caracterizan este tipo de personas. Por ejemplo, los mejicanos hablaban de que “mañana seguían en un crucero que iba para Grecia”; los chilenos habían hecho el crucero, pero no a Grecia sino en el Adriático o no sé qué sitio. O sea, es un sector social que tiene dinero; para uno un viaje es una cosa absolutamente excepcional, para ellos es una especie de descanso programado y reiterado. Pero, así como tiene cosas diferentes, tiene cosas parecidas. Encuentra uno que un gran porcentaje de los que están en el tour tiene el pelo blanco, son parejas; o sea, personas ya como

de 60, 70 años. Tampoco personas octogenarias, ni que tienen que caminar con muletas; hay personas jóvenes, pero son la minoría. La mayoría es de la edad en que se tiene el tiempo y los recursos para hacerlo.

El almuerzo en Siena, muestra lo que es el negocio, porque el turismo es una gran industria, la industria sin chimeneas. En Siena hay, por decir algo, 100 restaurantes pero había tres tours y cada uno en un bus de 70 personas y todos al mismo restaurante, que usted lo mira al pasar y le parece más una cafetería que un restaurante, pero tiene una infraestructura para recibir simultáneamente 200 personas. Eso debe ser de los mismos dueños de los buses: un negocio súper redondo. El almuerzo fue muy rico; hubo un primer plato donde a usted le sirven unas tajaditas de pan con paté de pollo; también le sirven jamón serrano y vino. Y un segundo plato donde nos dieron, penes con carne molina y queso parmesano. No estaba mal; uno podía repetir lo que quisiera, pero de hecho era suficiente, no había tacañería y al final, además, había una ensalada que Graciela degustó con mucha fiereza. Graciela me explicaba que el tomate aquí sabe distinto porque ha oído que lo dejan madurar en la mata, no como en Colombia, que se madura en la cocina. Al final había unos pedacitos de tortitas dulces. Yo he estado bastante frugal, pero no he sentido hambre y creo que me siento bien. Ciertamente estos viajeros, no son viajeros barrigones, es gente que se cuida en serio el peso. Yo era de los más barrigones y eso que a partir del impase que hubo con mis hemorragias en la nariz bajé como 8 kilos en una semana. A propósito, he estado muy bien, y siempre con el fantasma de que, en cualquier momento, si apretaba más de la cuenta la nariz vendría nuevamente la hemorragia y tenía que irme para un hospital. Tenemos un seguro muy bueno, pero de todos modos sería la catástrofe.

Bueno, finalmente en el tour nos llevaron a un viñedo con una marca de vino supuestamente muy famosa. Las botellas valen de 50 a 70 euros; nos dieron degustaciones bastantes generosas. Inicialmente nos pasaron un plato individual con salchichones con unas tajaditas muy delgaditas, papita y queso de cabra y de oveja y tragos de tres o cuatro vinos distintos: el vino dulce, el vino blanco, el vino mezclado con Merlot, el vino de la cepa típica de esa empresa; muy agradable. Lo que más me llamó la atención es que simultáneamente hacen la degustación de los aceites de oliva, que también son una exquisitez. Fueron como tres tipos de aceite. El último que pasaron era un poco picante, Graciela me dijo que era bastante picante, pero también delicioso. Uno no sabe, en términos de negocio, cómo resulta la cosa porque yo pude constatar que muy pocas personas compraron botellas de vino o de aceite, por el costo; pero queda el nombre de la cepa; además, pasan tantas y tantas personas que uno no sabe. Es una estrategia publicitaria que debe resultarles relativamente válida para que la perpetúen.

Primer día en Venecia

El viaje en tren

Pues sí, venir a Venecia es cumplir un sueño. Sueño del que se dice que habría que hacer, a sabiendas es muy difícil poder cumplir. Sin embargo se logró.

El viaje a Venecia desde Florencia resultó un poquito movido. Primero que todo fue un viaje en tren, cosa que tiene mucho sentido porque la distancia es muy corta: dos horas y pico. En avión gasta uno más yendo y viniendo de los aeropuertos. Para ir a la estación cogimos un taxi; realmente es muy cerca, pero, como afortunadamente, digo yo, la noche anterior nos perdimos cuando llegamos del tour, que también culminaba en la estación de los trenes, nos dimos cuenta que tener que andar con maletas es muy pesado. Pues animados por eso, pedimos un taxi y como dice Graciela: en todas partes los taxistas son bastante rateritos. Cobró un hurgo, como 25 euros, pero bueno, ¡con dos maletas grandes y dos medianas!

Llegamos y nos quedó tiempo para mirar tiendas, yo compré unos imanes para la nevera con la famosa cafetera italiana.

La cogida para el tren empezó siendo un reto, en la pantalla decía Venecia y número quince. Cuando Graciela lo vio pensó que era el tren de Venecia que iba salir del carril número quince. Ella ya había hecho ese viaje desde Florencia a no sé qué sitio, creo que a Venecia misma. Parecía muy experta. Pero se dio cuenta que se trataba de que el aviso lo que realmente decía era que el tren de Venecia estaba quince minutos retrasado, o sea que el quince, pero con unas comillas en la parte superior, implicaba quince minutos, no por el carril número quince. Por fortuna pudimos corregir eso con antelación. Siempre Graciela ha sido muy prudente y ha dejado tiempos largos para hacer los embarques. Sin embargo, eso no fue óbice para que no hubiera un segundo momento de tensión: ahí si estaba yo más apersonado y leí que la carroza, o sea el vagón, era el nueve. Lo leí varias veces; lo cotejé con Graciela y ambos coincidimos. En un tren no hay alguien que reciba las maletas, se guardan en un compartimiento separado. Cada uno va subiendo y va poniendo las maletas o encima de su asiento o a la entrada de la carroza. Bueno, lo hicimos. Yo ya estaba medio adormilado y de golpe Graciela dijo: esto no va para Venecia sino va para Bolonia y sí, ahí en la televisión aparecía Bolonia, pero el tren ya estaba andando. No había nada qué hacer; tendríamos que cambiar de tren. Pero alcanzamos a pensar que Bolonia era una estación vía Venecia, como efectivamente lo fue. Y no solamente fue Bolonia sino fueron dos y tres estaciones más.

En Vaporeto

En Venecia existía otra duda, había una Venecia que era algo así como la Venecia metro, pero no la Venecia donde empieza el metro sino la Venecia mistre, maestra, debía ser, y la Venecia Santa Lucía. Graciela averiguó y era la Santa Lucía que queda en el mar. Nos bajamos en Venecia Santa Lucía y bueno, desde el lugar donde lo deja a uno el tren hasta San Marcos hay que coger un “vaporeto”, que es como un transmilenio pero en lugar de ser un bus es una embarcación. Nos tocó esperar, después de comprar las boletas, por lo menos 30, 40 minutos, porque en la primera partida quedamos justo en la raya; no alcanzamos a subirnos. Bueno pues ese tiempito, yo no diría que a rayo del sol, había sombra, pero con el calor de medio día, es duro. Nos montamos y había mucha gente y uno se pregunta: “cómo hago para salir”. Por fortuna, San Marcos era la última estación. Viajar con maletas en la mano es complicadito y nos bajamos ya cansados. Debían ser como las 3 de la tarde y no habíamos almorzado. Graciela había llevado algunas cositas para picar: una manzana, un quesito, maní, muy precavida ella, muy canchera. Esto nos permitió aguantar todo ese tiempo. De golpe apareció un señor que decía que hablaba español y nos explicó pero con señas cómo llegar al hotel: coja a la derecha, llegue a la Catedral, voltee hasta el reloj, suba a izquierda dos cuadras: una cosa absolutamente laberíntica pues así es Venecia. Le dijimos que cuánto nos cobraba por llevarnos y en Italia y en muchos países cobran por maleta; no es lo mismo que usted lleve una maleta que lleve tres. El tipo nos redondeó a 25 euros. Nos pareció un hurgo porque multiplique por 3, son 75 mil pesos y no es que lo monten a uno en un taxi, porque allá no hay carros, todo es en lancha. Yo, con el fantasma del robo que nos hicieron en Nueva York, estaba muy desconfiado, hasta que me aseguré de que realmente el pacto era 25 por todo. No es que nos fuera a cobrar 25 por maleta o 25 por las maletas y otros no sé cuántos por llevarnos: 25 por todo. Este tipo montó las maletas en una carretilla para transportar maletas y empezó a caminar, pero se movía muy rápido, con razón, me imagino, porque entre más rápido terminara pues más trabajos podía realizar, pero para nosotros era excesivamente rápido. Yo llegué a pensar: “este pisco se nos va perder y nos va robar las maletas”, porque ya nos llevaba cinco metros, 8 metros, 10 metros y en ese gentío, en cualquier momento usted deja de ver la persona. Hasta que me decidí a correr; me pegué un speed de 15 metros y me cogí de la carreta donde estaban las maletas y le expliqué que necesitábamos ir más despacio. A él no le gustó mucho la idea, porque la colgada mía le implicaba hacer más fuerza. Yo quité mi mano de la carreta pero él bajó la velocidad y sí, dio la vuelta por aquí, la vuelta por allá y llegamos al hotel.

La primera versión que uno tiene, antes de hablar del hotel, es que Venecia es absolutamente alucinante. Pero ¿esto qué es?, parece una ciudad de otra galaxia, esto es una cosa llena de palacetes en medio de una serie de islas y todos esos palacetes edificados en la edad media, con una arquitectura gótica, esplendorosa. Por algo a Venecia le llegan 30 millones de turistas al año. Se forman unas romerías como si fuera tierra santa pero no de una religión en particular, porque allí hay de todos los credos, es la religión del culto al pasado.

Usted se monta en el “vaporeto” y ya cuando tiene un poquito de aliento y puede alzar la mirada, comienza a ver, lejos de San Marcos, que existen unas casas en muy mal estado, donde las maderas de los pequeños muelles están medio podridas e inclusive el estuco de las paredes se ha caído.

Las góndolas

Claro, a medida que usted se acerca a San Marcos es otra cosa. Todo allí es esplendoroso. También alcanza en ese pequeño periplo que hace, a ver las góndolas. Sin embargo, las góndolas resultan bastante kish; con unos adornos dorados que quieren semejar oro. Eso es una charrera. Es como cuando en Nueva York uno ve las limosinas. En una época fueron un símbolo de estatus pero hoy día ningún millonario utiliza una limusina. Las limusinas se alquilan para las fiestas, para los matrimonios pero dejaron de ser un símbolo de magnificencia hace mucho tiempo. Lo mismo la góndola. Sí, ve uno góndolas con gente. Ve parejitas de novios o algunos ricachones de otros países; mucho, mucho asiático. Pueden ser coreanos, japoneses, no sé, a uno todos le parecen iguales. Y vi pocas góndolas; lo que hay son estos barcos buses y lanchas de todos los tamaños: familiares, de trabajo y de turismo; una lancha de turismo puede tener 20 metros de largo y le pueden caber 30, 40 personas y son lanchas a motor, diferente del gondolero.

Bueno, el hotel estaba ahí como escondidito, no hubiéramos llegado nunca con mapas ni con señales. Son callecitas de dos metros de ancho, absolutamente preciosas, llenas de restaurantes y de almacencitos donde venden de todo aunque la artesanía fundamental es el vidrio, el vidrio de Murano, que es bastante costoso; cualquier pendejada vale un hurgo de dinero. Llegamos al hotel y nuevamente pedí una tarjeta para orientarme, para saber la dirección y resulta que en esa tarjeta venía el logo y las señales como de 7 hoteles, o sea, es una cadena o un dueño, pero no es un hotelito sino son 7 ó 6. Igual pasa con los restaurantes, son como pequeñas “mafias” que controlan áreas de la ciudad.

El Hotelito tiene cosas que no tenía el de Florencia: por ejemplo, una caja fuerte pequeña; tiene también un teléfono en el cuarto, y tiene un baño muy confortable con bidet. Lo mismo que en Florencia. El bidet es un instrumento de lavado que ya no se usa en Colombia. En mi casa paterna existía, pero usted no ve hoy día en ningún apartamento con bidet, Aquí sí existe, es una costumbre muy sana.

Espaguetis negros

Almorzamos en un restaurantico muy cerca del hotel y Graciela pidió Primero y Segundo plato que era como un menú; el primer plato fueron espaguetis, pero espaguetis negros y yo le dije: ¿espaguetis negros y eso tan raro?; pues sí, son en salsa de calamar. Los probé; no me parecieron particularmente especiales pero si impactaba mucho que fueran de color negro. Yo me comí una pizza deliciosa. Parte del encanto, creo, es que era muy delgada.

Un poco más tarde me compré una camiseta de gondolero, así como me había comprado en Florencia una camiseta con un gran dibujo de la Vespa, la motocicleta italiana. Ambas fueron muy baratas; creo que no deben aguantar muchas lavadas, pero pues me resuelve el problema de que no es fácil encontrar cómo lavar la ropa. En el hotel es costosísimo y uno no encuentra a la vuelta de la esquina un sitio de lavado. Mañana, entonces, iré disfrazado de gondolero al tour que vamos a realizar. He estado dosificando mi dosificación, o sea: como sufro de tantas cosas, hay días que no utilizo el Furamicida que es un diurético porque me pone a orinar; si voy a estar en un tour dentro de un bus pues no me tomo el Furamicida. Como estoy a nivel del mar se minimiza el problema de la tensión; ventajas que tiene la no altura. También tengo problemas con los efectos que me produce la pastilla el Minoxidil, la pastilla para la diabetes. Ayer por, ejemplo, no me la tomé, pero hoy sí, porque si voy en un tren obviamente el tren tiene sanitarios y no voy a tener ningún problema. Sé que me descompensaré un poco pero cuando llegue a Bogotá tendré una vida más sistemática y podré recuperarme sin problema.

Segundo día en Venecia

Viaje a la isla de Murano

Quisiera empezar diciendo que con mi celular logré manejar el wi-fi, y el Whats App: puedo enviar textos y fotos Claudia y Ángela y Juanjo los han recibido. Realmente esto me recuerda lo que pasó cuando estudiaba electrónica: la tesis de

grado de nuestro profesor estrella había sido armar un radio de tubos, un súper heteroíno, pero en el transcurso de la carrera el tubo quedó prácticamente obsoleto solo perduró para algunos circuitos de alta potencia y se impuso el transistor que es un súper conductor. Pero puro al final, ya incluso el transistor estaba siendo superado por el circuito integrado que era una cosa súper pequeña donde todo un radio cabía en la punta de un alfiler. Aquí uno se encuentra que en nuestro último viaje a Europa tuvimos que llevar Tablet y además cámara fotográfica. Hoy en día, con un buen teléfono celular le incorpora la Tablet y una súper cámara fotográfica. Puede tener todo en uno.

Nos fuimos entonces para Murano. Cuando Graciela vino a Venecia dijo: “No, Murano lo tengo que dejar para cuando venga con Germán” y sí, efectivamente la vida dio la oportunidad de hacerlo. Nos montamos en un vaporeto un poquito más de media hora. Tiene uno la posibilidad de atravesar todo, no sé qué será eso, el golfo, la bahía, y ve islas al lado y lado; islas urbanizadas. Claro, entre más lejos de San Marcos ya ve más pequeños edificios, no ve casas sino pequeños edificios y además pequeños edificios que como en Venecia misma no dan a la playa sino al mar.

Pues uno llega a Murano y se queda aterrado porque cada edificación es prácticamente una fábrica de vidrio donde hay un almacén y una exhibición que muestra a un maestro, porque realmente el que elabora la figura, una por una, es un artista. El maestro artesano de esa primera fábrica que entramos muchos de los que veníamos en el vaporeto, elaboró dos piezas en 10, 15 minutos mientras estuvimos observando; no la hizo con colores, solamente vidrio transparente; es muy impactante porque cuando el vidrio está caliente se deja moldear, parece como una melcocha, no se derrite sino se ablanda y permite su manipulación.

A continuación, pasa uno a la tienda. Sorprende ver tantos vendedores; no es uno ni dos, en una tienda de 100 metros cuadrados puede haber 6, 7. Uno no sabe qué función cumplen: si la de vendedores y la de vigilantes. Vi dos objetos que me gustaron: los pisapapeles de colores y otro, unas tapas para colocar en las botellas de vino después de que están abiertas. Claro, Graciela vio la pulserita, los aretes y los adornitos y una cantidad de cosas lindas. No es tan cierto que en Murano uno encuentra todo más barato que en Venecia, inclusive puede ser al revés. Claro, en la medida en que se sabe buscar, que uno se aleja de los almacenes centrales, resulta un poquito más barato. Mi mejor compra ha sido por la tarde en un sitio que era como un minimercadito de pulgas donde encontré 5, 6 puestos.

En el restaurante donde nos sentamos a tomarnos café y agua, los empleados estaban almorzando un plato de espaguetis, y me di cuenta que el pan lo dejan

para el final y lo utilizan para limpiar el plato; para que la salsa que queda pegada al plato se pueda recoger.

Primero y segundo plato

Nos montamos en el vaporeto de nuevo, esta vez no fuimos directo de San Marcos a Murano, sino hicimos dos o tres escalas donde se subieron media docena de personas en cada una y almorzamos en un restaurantico cerca de San Marcos. Existen dos alternativas: el menú, que es mucho más barato, o la carta. Graciela, como siempre atenta a todas estas cosas, se hizo al menú; el menú no cubre el vino o el agua, ni el postre, pero que tiene dos platos, vale 13 euros. Comimos como primer plato un “Capresso”, que son rodajas de tomate con rodajas de queso, queso blanco, mozzarella me supongo, con una pequeña vasija donde hay aceite de oliva; delicioso. Graciela hace este plato pero lo hace con tomate cherry y con bolitas de queso que parte por la mitad y lo utiliza como ensalada. Yo le decía: “rico utilizarlo también como entrada”. Acordamos que lo vamos a experimentar a ver qué pasa. El segundo plato fueron raviolis, exquisitos, claro. Usted resiste los dos platos si el primero no es demasiado abundante, porque ha habido ocasiones donde el primer plato son espaguetis, entonces uno queda almorzado. Pedimos después un tiramisú. Los dos almuerzos costaron 50 euros, o sea 25 cada uno. Si usted no multiplica por 3, le parece que no está caro.

Yo siempre estoy procurando que el sitio de almuerzo sea cercano al hotel para que pueda pasar hacer mi siesta. Graciela tiene toda la energía del mundo; mientras yo echaba mi siesta, se fue a caminar; ella no tiene ningún temor, camina, se pierde pero vuelve y encuentra el camino.

La compra del abrigo

En el camino encontró la tienda de Benetton y más o menos lo ubicó; quedaba cerca del Puente Rialto. Yo le dije: “quiero ir a ver”, y bueno, llegar no fue nada fácil. Si usted se mete por estos callejones con calles bordeadas por agua y lleno de puentecitos, se da cuenta de lo sui generis que es esta ciudad. Pero después de unas vueltas llegamos. Allí compré un abrigo, me temo que puede ser muy caliente para Bogotá pero es que Bogotá está helado y a además, yo, será por la vejez, siento más frío. Espero que lo pueda usar, muy lindo. Pagué parte en dinero con el dinero que me había dado de regalo “Clau” y parte con tarjeta, para pagarlo en con el dinero que me había dado “Angie”.

Una nota al margen. Cuando estuve en Estados Unidos en algún viaje me chocó mucho el rollo de las bermudas; todos los gringos andaban en bermudas. A mí eso no me gustaba entre otras cosas porque la bermuda en nuestro país es una cosa absurda porque lo pican a usted todos los moscos. Claro, si usted está en Orlando pues allí no hay zancudos. De todos modos, yo veía la bermuda circunscrita a Estados Unidos y a turistas gringos. Aquí la bermuda está muy generalizada; se usa inclusive por los italianos y obviamente por los turistas de otros países, con la paradoja que somos muy pocos los hombres que utilizamos el pantalón largo; en eso terminamos como las mujeres que no usan falda.

En la plaza de San Marcos ubican tres pequeñas orquestas; conjuntos de 4 instrumentos: un piano, un violín; músicos, ya mayores, tocan muy bien. Alrededor de la carpita donde colocan su escenario hay unas mesas y usted se puede sentar a oírlos; claro, debe consumir algo. A nosotros nos parecía muy romántico, pero cuando averiguamos cuánto vale una copita de vino y nos dijeron que 17 euros, desistimos. El vino, en un súper mercado vale 5 euros la botella; el más caro 10.

Penúltimo día en Venecia

La Catedral de San Marcos

Venecia son 138 islas, pequeñas islas, y sobre todas esas islas construyeron la ciudad. Son además, muy juntas unas de otras. Hay un canal central que es ancho, de resto son pegadas, 5 metros, ocho metros sobre las cuales están contruidos palacetes hermosos.

Hoy fuimos en la Catedral de San Marcos. Habíamos estado ayer 5 minutos porque como había misas solamente dejaban entrar a los turistas al inicio de, pero no adentro de La Catedral. Es algo absolutamente fabuloso. Fue construida en gran parte en el siglo XII, pura edad media. Esta en el marco de una plaza que tiene forma de "L", y que la circundan dos edificaciones más o menos iguales de altas pero con diferente arquitectura: una muy gótica con grandes vestíbulos y otra llena de ventanales. No sé en qué época fue hecha cada una, pero se nota la diferencia. En un marco de esa "L" se levanta una torre como de 10, 12 pisos que hace las veces, pienso yo, de campanario. La sola torre ya es un monumento que sobresale más que las torres corrientes a las que estamos habituados a ver porque está separada de la iglesia. Se puede subir y hay gente haciendo cola.

La Catedral es muy distinta a la Notre Dame de Paris, que creo también es una catedral de la edad media. Porque aquí lo que se nota es la influencia de Bizancio, de Constantinopla y de todo el arte Vicentino, por lo que está lleno de mosaicos

dorados, tapizados con laminitas de oro. No hay pinturas; son mosaicos. Tampoco hay esculturas en el sentido clásico que son de mármol; aquí son esculturas en bronce, eso la hace muy diferente. La influencia Vicentina se observa hasta en los pisos; los pisos se encuentran llenos de figuras geométricas construidas con pedacitos de mármol. En los pasadizos más concurridos, encima del piso han puesto tapetes, tapetes de acrílico para proteger precisamente esa especie de mosaico en mármol que constituye el piso.

La plaza no tiene la magnificencia de San Pedro en Roma por ejemplo; no es tan grande. Se dice que Napoleón cuando la conoció dijo: “esto es muy pequeño para una plaza; es como una sala, el salón más grande del mundo”. Es una plaza con una gran área pero se minimiza porque es en forma de “L”.

Fue muy lindo poder entrar. Está prohibido que las mujeres entren con blusas sin mangas o en short; lo simpático es ver cómo hay vendedores ambulantes venden como pañoletas que las mujeres se colocan en la cadera o en los hombros para poder ingresar. No cuesta nada el ingreso pero ya adentro, ir a ciertas zonas particulares tiene un costo. Yo compré un librito que estaré leyendo en el avión.

Pasando a otro tópico, uno esperaría mucha más heterogeneidad en la oferta de artesanías, pero no, lo que hay son las piezas producidas en Murano; el 80 o el 90 % de las tiendas venden esas cositas preciosas y carísimas pero usted se aburre cuando ha visto 50 vitrinas.

Se observan muy pocas mujeres musulmanas que se distinguen porque tienen cubiertas sus cabezas; en contraste, el hombre está con una vestimenta completamente occidentalizada. La mujer lleva toda la tradición.

En el almuerzo el menú era 23 euros por persona, caro, 85 mil pesos cada plato. Eso le cuesta en Colombia en un magnífico restaurante. Ni siquiera pedimos vino. Entrada, primero, segundo plato. Yo me comí unas sardinas, chiquiticas, de entrada; de primer plato unos ñoquis con salmón también muy pequeño pero delicioso y un pescado en una salsa de mantequilla. Graciela comió de entrada pulpo y espaguetis con frutos de mar de primer plato; su segundo plato fue hígado con vegetales. A pesar de que primero y segundo plato fueron pequeños, si se le suma la entrada, usted queda de salida.

Hablando un poco de todo, también hay palomas que bueno no son aquellos animalitos idílicos que surcan los cielos en el atardecer, sino que se van metiendo como ratones por el suelo a comerse los pedacitos de comida que se van cayendo.

Bueno, estamos ya empacando maletas y nos iremos mañana temprano para el aeropuerto.

Nuevamente a Madrid

El aeropuerto es grandísimo; nos ayudan muchísimo esos pisos móviles que fácilmente son de 3 ó 4 cuadras. El vuelo salía a las 11:55 y nosotros ya estábamos recogiendo maletas a las 10 de la mañana, o sea teníamos, hora y media de colchón, lo que me tranquilizaba enormemente.

Y bueno, llegamos dos horas después a Madrid. En Madrid fuimos a un hotel que Graciela conocía, se llama Hostal Oriental. El taxi que nos condujo iba con un chofer que era colombiano y además estaba oyendo a Julito, de la "W". El tipo era de muy malas pulgas, muy cascarrabias, de esos personajes que desde que llegan, llevaba ya como 12 años en Madrid, quiere irse al otro día pero que nunca se van y me supongo que aquí va morir; decía que la pensión no le alcanzaría en España y que se iba para Colombia a vivir como un pachá. Una historia un poco patética.

El hotel si tenía ascensor, Graciela pensaba que no. Aquí con este bendito piso cero, que no existe en Colombia, las subidas con maletas se dificultan. Este es un hotel; no siempre es equivalente hostel a hotel. Este es un hotel; un hotel de 3 estrellas que casi parece de 4, un hotel remodelado. Las puertas de las habitaciones son electrónicas, esas puertas que se abren con una tarjeta y que al entrar a la pieza usted prende las luces y el aire acondicionado ahorrando entonces energía. Un hotel divinamente bien ubicado, a una cuadra de la estación del metro y muy cerca del Corte Inglés, ese ícono comercial que hay que visitar en Madrid. Un hotel que evidencia las diferencias de consumo de energía entre los países tropicales, todos ellos prácticamente del tercer mundo y los países desarrollados, y es que usted aquí tiene calefacción y aire acondicionado. En Colombia, por ejemplo, aun en la costa atlántica, el aire acondicionado es mínimo. La mayoría de las casas de caché tienen abanicos, como llaman allá, o ventiladores. Y solo algunas partes, digamos las oficinas, tienen aire acondicionado; además, tienen que ser edificaciones relativamente nuevas. Y calefacción, tampoco, por ejemplo Bogotá calefacción en ninguna parte. Nosotros nos ahorramos en consumo de energía, montañas de kilovatios o de gas, o lo que sea.

La Gran Vía

El hotel está sobre una calle peatonalizada: la calle Arenal. Hay espacio para que pase una ambulancia o una patrulla de policía, pero en general son solo peatones. Me acordaba de la carrera séptima donde los alrededores de la Plaza de Bolívar hasta la avenida Jiménez, incluso casi hasta la 24, está prácticamente terminada la peatonalización. Aquí no tenemos esa mano de vendedores ambulantes que son hostigantes, aunque hay uno que otro. Lo que se encuentra en la calle son los músicos, gente que toca el violín, el saxo, el acordeón y eso hace el ambiente muy agradable.

El hotel está muy cerca también de la Gran Vía, que es una avenida grande (como su nombre lo indica). Nosotros solamente tenemos un remedo de esos edificios mansiones. Los que hay, por ejemplo, alrededor de la avenida Jiménez con séptima; por decir algo: la gobernación o lo que fue el Banco de los López. Edificaciones de la época como el Palacio Liévano, aun el mismo Murillo Toro, que le dan cierta ampulosidad, cierto caché a la zona. En nuestro caso son edificaciones que se pueden contar con los dedos de la mano, aquí son montones.

Y cuando se llega al Museo del Prado pues ahí si es en serio, ahí si no aparecen casas, son puros palacios; el Prado mismo es un palacio y Thyssen donde está el museo, es otro.

Así como uno podría decir que en Italia la comida central es la pasta y la pizza, espaguetis incluidos, yo diría, sobre simplificando, que en España es Jamón Serrano y Tortilla española. Claro, es mucho más que eso. Para un omnívoro como yo, ver esas patas gigantes de jamón (hay una que se llama “la pata negra”) colgando en muchos restaurantes, es todo un espectáculo. Claro, se come mucho más que eso, por ejemplo, frutos del mar.

Pasé muy mala noche, la pastilla para la diabetes a veces me pone malo de la barriga, me la había venido tomando y estaba muy bien pero igual que en Bogotá, de cuando en cuando y sin saber bien la razón, me pone malo; eso me tensiona mucho porque duermo mal.

Hablamos por WhatsApp con Juanjo. Siempre nos alegra mucho poder oírlo y aunque no son montones de información lo que podemos intercambiar, pues nos tranquiliza. Nos alegra que nos cuente que está bien, que había hecho mercado recientemente. También pude hablar con Angie que está siempre optimista, contenta. No le pregunté por menores de su relación con el ex. También fue rico haber hablado con ella.

El hostel queda cerca Corte Inglés y ahí compramos los regalos de Juanjo. Uno cree que va encontrar tallas inmensas y no. Eso es en Estados Unidos. Ni siquiera en Argentina, ni en España.

Las tallas son engañosas; por ejemplo, de una 3XL se dice: “eso es gigante” pero no, apenas me queda a mí. Por fortuna yo me medí la ropa; para Juanjo hubo que comprar 5XL.

Yo noté, no sé qué tan cierto será, que en Madrid oscurece un poquito más tarde que en Venecia, como una hora. No sé si es la ubicación o la fecha.

Yendo ayer para el Corte Inglés encontramos un parque lleno de pordioseros. Me acordaba de lo que había pasado con Juan José en Washington que de golpe, de puro sopetón, llegamos a una plaza donde había, 50, 60 pordioseros. Con esa cantidad uno alcanza a intimidarse. Aquí por fortuna eran media docena durmiendo sobre las bancas pero pues sí, son habitantes de calle. Habría que ver si es parecido a Bogotá donde están asociados a droga.

El Museo Thyssen

Una noticia estupenda, en el Museo Thyssen, cuando Graciela dijo si había boletas de tercera edad, me pidieron la cédula, porque no me creían que era mayor de 65 años. Graciela dice que yo no revelo 65. Yo le digo que ni física ni mentalmente, aunque mi cuerpo está lleno de pequeñas enfermedades que sumadas suman como 350 años, bueno esa fue una noticia que me animó el día.

Llegamos al Thyssen donde la reseña cuenta que la señora Carmen, esposa del Duque, Marqués o Conde, con un apellido de esos todos inflados, bom, bam, bem, bum (Bornemisza?), me supongo que de origen austriaco o alemán, había sido una persona que al terminar la segunda guerra mundial tenía cerca de 100 industrias y con ellas había ayudado a la reconstrucción de Europa. Yo me preguntaba para mis adentros cuántas de esas industrias no habían ayudado simultáneamente a la destrucción de Europa. Pero bueno, esta señora crea el museo Thyssen pues dice que le encanta el arte y cree que el arte para que se realice tiene que ser compartido. Allí estuvimos en una exposición muy sui generis, se llamaba Monet/Boudin. Lo sui generis radica en que Boudin fue el eterno maestro de Monet y en la exposición entonces presentan paralelas las obras. Y sí, uno encuentra que la influencia de Boudin sobre Monet es enorme; paisajismo realista. Solo muy tardíamente Monet se va alejando de su maestro para acercarse al impresionismo y concomitante, pero más lento, Boudin va

acercándose a Monet. Muy interesante ver cómo el alumno es influenciado por el maestro, pero el maestro a su vez, lo es por el alumno.

Al comparar impresionismo con realismo se siente mucha más emoción. Uno puede hacer una caricatura y decir que el impresionismo es un cuadro sin terminar de pintar, pero esa desfiguración, entre comillas, o ese inacabado, esa pincelada, logra transmitir una emoción, una sensación diferente a la del realismo.

Los museos del Prado, Thyssen y Reina Sofía están muy cerca uno del otro; a uno no le alcanza los alientos para ir a más de uno. En el Thyssen, además de tomarnos nuestro consabido tinto y agüita, agua sin gas, helada, reconfortante, se me metió en la cabeza ir a ver un Ucello, justo porque en la exposición de Botero en Bogotá habían hablado de que Ucello era una de las grandes influencias de Botero. Bueno, pues sí, son cuadros del siglo XII ó XIII. Había uno, pero yo no vi por ningún lado la influencia.

Salimos de allí y nos vinimos caminando hacia el metro. Una cosa que llama la atención es la señalización que tienen todos los taxis: una raya diagonal roja en la puerta delantera, lo que los hace vistosos, y claramente los identifica. Comprar una boleta para el metro, cosa que se hizo a la entrada, no resultó fácil, porque es un tablero electrónico con un poco de indicaciones. Finalmente, Graciela recurrió a una de las niñas de la taquilla y bueno, la niña sugirió que compráramos una única boleta, que si se nos acababa la podíamos recargar. Graciela insistía en que compráramos dos, pero no, la niña no dio su brazo a torcer y listo, no hubo problema. También hay puertas para lo que en Colombia llamamos discapacitados. Aquí se llaman los inclusivos.

Uno se queda pensando ¿qué es un museo?: ¿es memoria histórica? Es muchas cosas: Muestra el pasado, los grandes personajes que tenían el dinero para poderse hacer el retrato. También recuerdan ambientes y acontecimientos, mucho alrededor de lo religioso, pero también de la vida mundana. Pero, bueno: toda esta sobrevalorización de los artistas, esta deidificación. Hoy en día para una persona corriente el arte es algo secundario. Pero viaja y casi la mitad de su tiempo se le va en los museos. Hay una especie de inconsistencia. Aunque lo hacemos inconscientemente deberíamos valorar más otros aspectos de la cultura: la comida, la música, las costumbres, la arquitectura...

Un nuevo hotel

No recuerdo haber planteado que después de que nos tocara irnos del hotel, Graciela hizo la ubicación y la reserva de uno nuevo muy cerca de acá, todo por

internet, es un hacker impresionante. Después de hacerlo fuimos, de puros obsesivos, a constatar, cara a cara que realmente todo estaba correcto y fue muy simpático porque casi no lo encontramos. Estas callecitas no ayudan. Graciela me decía todo el tiempo que ese hotel se llamaba T-R-I-P y yo buscaba y buscaba. Pero llegamos; claro, lo que significaba ese jeroglífico, era Trip, o sea, viaje, en inglés. El nombre era Viaje Cibeles. Es una anécdota que refuerza la idea antigua que Juanjo planteaba según la cual la mamá no se sabía ni los números (en inglés) pero que se hacía entender mejor él y que yo.

La aerolínea de bajo costo

En el hotel no había ningún problema. Las maletas se iban a quedar allá; solamente llevaremos una maleta de mano. Cobran 30 euros por el bodegaje; todo lo cobran. Y quedaba otro problema, que era más complicado. Había que sacar por internet el pasabordo y seleccionar los asientos, porque era una línea de esas de bajo costo, medio chichipatas. No es filial, ni tiene convenio con Iberia. No, ella lo hizo desde Bogotá por internet y esto era un lío el macho; y le daba vueltas y vueltas y le decían que le iban a cobrar si no lo hacía por Internet. Finalmente decidimos algo muy lógico que fue ir a una agencia de viajes donde una niña muy atenta. Y valía efectivamente un poco de plata, valía seleccionar el asiento, si era aleatorio o si eran juntos, siendo juntos por ejemplo valía 4 euros cada persona; valía también si la maleta se iba con nosotros o se iba en bodega, bueno, todas esas cosas que realmente era difícil de hacer en línea, lo hicieron en la agencia, cobraron como 50 ó 60 euros y quedamos tranquilos. Esa fue la segunda gran diligencia que realizamos en la tarde.

A La librería

Después fuimos a la Casa del Libro. La idea inicial era que esa Casa del Libro era especializada en literatura pero que íbamos a solicitar los libros que se necesitaban tanto para Alberto como para Juanjo y los recogeríamos a la vuelta, pero no, esta era una librería “completa” de 6 pisos y con ayuda de uno de los empleados a Graciela localizó la totalidad de los autores que Juanjo había pedido; él no había solicitado libros en particular sino autores y temas. El libro de Alberto no se pudo conseguir, está en línea y había uno en papel, en Santiago de Compostela, donde precisamente íbamos a ir.

Así como “todos los caminos conducen a Roma”, Graciela me decía: en Madrid “todas las vías conducen a la Gran Vía”. Y es cierto, En ella no se cansa uno de

contemplar esos pequeños edificios, de finales del siglo XIX, de 5, 7 pisos, todos con una cúpula donde fácilmente hay un jinete montado en su respectivo caballo.

La Calle Arenal

Caminamos pues por la Gran Vía. Estuvimos en una plaza lateral a la Gran Vía que se llama Callao. Graciela maneja muy bien la zona porque en alguno de sus viajes se había quedado en un hostel por ahí cerca. Para mí, Callao era un nombre de un tango. Graciela me mostró una tienda deportiva francesa que se acaba de instalar en Bogotá, donde compró los últimos regalitos de ropa para Juanjo, cuestión que no es fácil porque, por ejemplo, las sudaderas de tela, por el clima son más gruesas.

En el camino nos encontramos con algo nuevo. Había visto muy poca gente de raza negra pero de golpe, en la Calle Arenal, que es donde queda nuestro hostel y que obviamente tiene 8 ó 10 cuadras, encontré una invadida por africanos, vendedores ambulantes que ponen su mercancía en el suelo: carteras, obviamente todas falsificaciones de Gucci, pero muy baratas, o camisas deportivas de los diferentes equipos de fútbol. Pero hay una peculiaridad: 6 u 8 se toman un segmento de la cuadra, y toda la mercancía la ponen sobre una sábana que a su vez tiene atado a los extremos unas cabuyas, de manera que si la policía, deduzco yo, en un segundo ellos puedan templar las sogas, echarse el morral al hombro y perderse. No está permitido y de vez en cuando, me supongo, les quitan la mercancía, no sé cómo será. Pero es simpático ver como una mini invasión con ese mecanismo de defensa que acabo de describir. Ya muy cerca al hotel encontramos nuevamente los músicos, pero esta vez con una gaita, que alude a Escocia; suena raro y le da un poco el toque folclórico a Madrid.

Viaje a Santiago de Compostela

El viaje fue muy rápido. En Taxi a las 6 de la mañana al aeropuerto; gastamos 20 minutos. Este recorrido con tráfico es como una hora; tiene su ventaja el hecho de viajar temprano. Desayunamos pagándole no a la cajera sino a una máquina, así como se paga en parqueadero del Centro Granahorrar. ¿A dónde va llegar el ser humano? ¿Todo gradualmente va ser sustituido por máquinas? En principio le alivia el trabajo a la cajera, pero si se descuida, la cajera se queda sin trabajo.

Otra cosa es el rollo del metro. Con todo lo silencioso que puede ser el metro de Madrid, el ruido que genera es altísimo. Si esto es bajo tierra, cómo será por

encima de la tierra. Esto va ser en Bogotá un problema nunca visto y Peñalosa va ser muy recordado por su tozudez y su estupidez, porque el argumento de que el metro era mucho más barato subterráneo que por aire resultó falso, es más o menos el mismo costo, sin embargo, el impacto ambiental es enorme.

Bueno, cuando llegamos al aeropuerto de Santiago cogimos un bus; teníamos tiempo. Además, todo es muy cerca; es una ciudad a escala humana, el aeropuerto mismo es un poco más grande que el de Bogotá, pero no es ese gigante de Madrid. Nosotros pensábamos que estaba todo súper automatizado pero no, fue muy simpático porque el chofer del bus era el que decía los paraderos. No hay una pantalla como en el Transmilenio donde van saliendo los nombres de las estaciones. De golpe paró y dijo: “aquí se pueden bajar los del tren; tienen que caminar un poco y les resulta mejor hacerlo porque aunque yo voy a la estación doy una vuelta y me demoro”. Y efectivamente se bajó casi la mitad del bus; después, cuando nosotros llegamos a la plaza de Galicia, que era el sitio que nos habían indicado en la información turística del aeropuerto pues también dijo: “bueno, ya llegamos a la plaza Galicia”. Fue un satisfactorio cambio, ¿no?, con toda esta automatización encontrar que todavía los seres humanos juegan un papel importante, es valioso.

En Santiago de Compostela por la mañana hace un clima que implica un saquito, 18 grados centígrados. Por la tarde, ya no; por la tarde nos encontramos el clima de Madrid donde ya no se aguanta realmente un saco.

Caminamos un poco a la topa tolondra; vimos un mendigo muy particular que tenía un aviso que decía: “necesito volver a Madrid, soy un caminante”. Y otro, sentado en el suelo, que estaba con los ojos cerrados y en una posición de yoga: “estoy en mi proceso de purificación, necesito ayuda para...”, claro, había también un mendigo clásico, un hombre que necesitaba plata para la comida. Seguimos caminando; es en subida, no tan pronunciada como la de los castillos medievales, pero ahí entre vitrina y vitrina uno lo va pasando.

Llegamos al almuerzo, teníamos mucho apetito, pero uno no aprende fácil. Aunque en principio fuimos relativamente parcos pues no, este pedido nos desbordó enormemente. Pedimos una tortilla de papa; absolutamente deliciosa y pedimos la tortilla pequeña; uno para los dos. Graciela pidió una ensalada que resultó enorme, tenía huevo y atún y cada uno pidió unos langostinos. El racionamiento era que en Bogotá los langostinos, como son tan costosos, son poquitos. Graciela le sumaba a esto que los langostinos valían 10 euros y entonces no debía ser muchos; pero nos llegó un plato enorme. Yo decía que eso lo habían traído en un barco ballenero; una docena de langostinos gigantes. A mí me disgusta la comida de estos crustáceos porque están llenos de patas, pero

aquí hice caso omiso y seguí la recomendación de Graciela, que era no tratar de romper el caparazón con cuchillo y tenedor sino con la mano pues efectivamente así era mucho más rápido. Pero, no, imposible, no nos cupieron todos. Lo que más sentí fue que la bendita tortilla de papa tocó dejarla casi por la mitad. Esta vez en esa perspectiva de lo parco, no pedimos media botella de vino porque resultaba un poco costosa sino pedimos dos copitas de vino, a uno cincuenta cada una.

Vimos una romería de caminantes. Se los distinguen, entre otras cosas, por su sombrero para protegerse del sol pero también por sus bastones; bastones como los que yo compré en Chile para Choachí; muy livianos. Los caminantes usualmente tienen dos. Encontré una postal que muestra el camino y el camino original viene desde Francia. Vinieron a enterrar los restos del apóstol Santiago, a Santiago de Compostela. En la práctica hay otros que vienen de la misma España.

La plaza

La plaza es apoteósica. Con una catedral que tiene campanarios gigantes, toda en piedra. Impacta darse cuenta de lo disímil que es la plaza en relación a las plazas europeas clásicas, pues en los marcos de las plazas siempre está el poder eclesiástico, la catedral; un edificio que es la alcaldía, en este caso el ayuntamiento y está el edificio de los comerciantes. En Bogotá es la iglesia, la catedral; el capitolio que es el poder legislativo; la alcaldía y el Palacio de Justicia. Aquí está la catedral, por un lado; por otro lado, está un hotel que debió ser un convento y el ayuntamiento, lo que resulta concordante con lo clásico. Pero desentona que el último edificio del marco de la plaza es el edificio administrativo de la universidad. Sí, la universidad juega un papel muy importante en la ciudad. Nos dimos cuenta cuando tomamos un tour, entre comillas, en un trencito, así como de Walt Disney que le da la vuelta a una buena parte de la ciudad histórica, demorando un poco más de media hora. Y hay muchos de los edificios de la universidad. El campus está disperso y es muy grande, incluso Graciela decía: Ah, de aquí es el profesor Zabalza. Graciela recordaba cuando le dijo: “¿por qué se va usted a esa universidad tan lejana que no está en las de grandes estrellatos?”, dijo: “es porque allá si me permiten hacer lo que quiera sin necesidad de tantos filtros y de tantas envidias”.

Continuando con el cuento, hay muchísimas iglesias de muchísimas órdenes religiosas, masculinas y femeninas, además, de muchísimos siglos. En una cuadra habían del siglo XIII y a la siguiente ya le están hablando del siglo XVII. Uno se

queda aterrado del poder de la iglesia, ¿no?, y del avasallamiento y lo terrible que fue el atraso que generó la edad media, el oscurantismo.

Nos bajamos y pasamos a Zara. Zara es un almacén estupendo porque queda al lado del hotel, en la esquina y allí Graciela se compró una chaqueta preciosa. También muy pero muy cerca del hotel está la Casa del Libro y Graciela compró el libro para Alberto y además unos libros para ella.

El trencito lo que le muestra a uno, es que aun siendo una ciudad pequeña, es muy recursiva. Usted encuentra, por ejemplo, una librería que no consigue en Madrid, pero también encuentra una buena universidad con renombrados profesores y encuentra auditorios, museos, casas de la cultura.

Finalmente, hoy tomamos mucha agua; se va deshidratando sin darse cuenta. Pedimos un litro de agua cada vez que nos sentamos y entre Graciela y yo nos la tomamos.

Jueves, seguimos en Santiago de Compostela

Iniciaré con un poco de ideas sueltas. Como ya lo había constatado en Venecia y en Paris, realmente aquí los sótanos son un espacio especial. Para los hoteles: son los lugares donde están los restaurantes y para los restaurantes, los sótanos son los espacios donde están los baños. No hay edificio sin sótano. Que no es el piso cero sino el piso menos o uno o menor; casi nunca el ascensor baja hasta el sótano; toca hacerlo por unas escaleras tenaces.

Otra observación: el gallego como idioma. Se oye muy poco, se oye básicamente español y en el circuito turístico: inglés, alemán y también lenguas orientales. Quizás por su cercanía geográfica con Portugal el gallego tiene palabras del portugués; por ejemplo, me impactaba ver una cadena de buses urbanos que se llama Freire. Uno dice Freire y lo asocia a Brasil. En Galicia no existe no tiene el nacionalismo de Cataluña.

Lavado de ropa

Sobre el lavado y secado de la ropa interior, aprendí que hay que traer al viaje menos ropa interior, porque en la mayoría de los hoteles el secado es rápido, por los ductos que tiene el baño y por los secadores de pelo. Lo que ya son palabras mayores es lavar una camisa; uno termina repitiendo camisa o como he mencionado, comprando camisetas baratas, de 3 euros, que se la pone una vez.

También encuentra uno Burger King, Starbucks, Macdonals; poco, pero bien ubicados y por todos lados. No son multitudinarios, pero ahí están, ahí están siempre y yo creo que gradualmente va incidiendo en los hábitos de consumo alimenticio de Europa.

Aprender a comer

A propósito de comida, como ayer habíamos comido tanto, tanto que no pudimos terminar, pues dijimos que íbamos a pedir poquito. De Entrada pedimos una tabla de quesos para entre Graciela y yo. Pensamos que era suficiente y resulta que con él ambos quedamos llenos. Cuando llegó el plato a pesar de ser para los dos, era gigante: chorizo, lomo, jamón... muy abundante. Graciela lo había pedido con pan remojado en tomate con aceite de oliva. Pero no, es grandísimo y tiene para mí un problema adicional: la curación de la carne la hacen con sal y si usted se come un pedacito pequeño con una buena baguete y una copa de vino, pues no siente la sal, pero si come y come carne, el sabor a sal es fregado. Como dejé de comer sal hace 15 años, soy muy sensible, la detecto fácilmente y, además, me supongo que tiene efectos negativos para mi tensión arterial.

Como no podía traer todas las cajas donde tenía las pastillas, me descontrolé en algunas. Por fortuna son muy pocos días. Claro, la esencial es el anticoagulante y de ese sí me quedan 4: jueves, viernes, sábado y Domingo; el lunes que llevo a Colombia será lo primero que me tomo, pero fallé, porque que el viaje son 15 días y la caja que compré es de 14.

A mí ya farmacia ambulante agregué un equivalente al acetaminofén y una loratadina, porque tenía un poquitico de gripa, una gripa que se manifiesta en que ando con mocos y la moquiadera pues es la espada de Democles por mi problema de la hemorragia.

Tenemos pendiente un chocolate con churros, pero no, hoy no nos cupo. Obviamente como no alcanzamos a comernos ni la cuarta parte de lo que nos sirvieron, trajimos lo que sobró. Se usa, no es mal visto. Ya tenemos algún quesito que compramos en un súper market, que los hay por fortuna por todos lados. Pero resulta que hay que comérselos rápido porque aquí no hay neverita como en los otros hoteles donde hemos estado.

Los museos

Por la mañana estuvimos en la Catedral; esto aquí es a escala elefántica, las tallas en madera del apóstol Santiago, por ejemplo, son enormes, eso no es una persona grande como Juanjo; son pequeños gigantes. Por dentro la catedral es muy barroca; columnas Churrigueras todas forradas en laminilla de oro; hay un trayecto donde uno sube unas escaleritas y puede abrazar por detrás, así lo llaman, al apóstol Santiago. Así lo hicimos como parte del ritual. La iglesia por fuera es en piedra y las figuras están esculpidas en piedra. No sé qué tipo de piedra será, se me ocurría pensar que era piedra volcánica, que es más fácil de tallar, pero es pura especulación.

Por la tarde estuvimos en dos museos; nos fuimos en taxi y nos regresamos a pie. El museo de Arte Contemporáneo lo construyeron, creo que el concurso lo ganó un arquitecto portugués, al lado (¿20 metros?) del museo del Pueblo Gallego, que es una edificación medieval, logrando un enorme contraste de épocas.

Primero estuvimos en el Contemporáneo. Bueno, las Instalaciones, algunas son muy gratuitas, muy facilistas. Vimos, como un muestrario con todos los tipos de baldosines, como si se tratara del muestrario de una empresa. Y sí, tiene su encanto: las formas, los materiales, pero tanto como para que se le dedique un enorme salón en un museo yo no estaría de acuerdo. Lo que si resultó lindo fue la sala de una exposición temporal sobre arte erótico. Había, por ejemplo, un pene hecho como en vidrio; y muchísima literatura, que revelaba la importancia que le ha dado el ser humano a lo erótico. Muy interesante, desde psicoanalistas como Young hasta el Marqués de Sade aparecían por ahí.

Pasamos después al museo del Pueblo Gallego y quedé defraudado. No tiene sentido que se dedique la octava parte del museo a las casitas que construían en la edad media los campesinos. Eso se puede hacer pero no da para un espacio tan grande. Lo que realmente me pareció muy interesante es que el pueblo gallego es un pueblo de marineros y mi apellido es Mariño que traduce Marino, de marinero. Eso me sorprendió, aunque es obvio a posteriori, no lo era antes de venir a este museo.

Nos vinimos a pie; claro, todo el mundo le dice: “a pie son 5 minutos”, y en el mapa le muestran el camino, pero bueno el sol también hay que tomarlo en cuenta.

De comprar y guardar

Esta mañana cuando bajábamos de la Catedral, Graciela le compró a Juanjo una maleta de mano con rueditas, de esas que se pueden llevar dentro de las cabinas

de los aviones. La idea es que ahí va empacar todos sus regalos y le va regalar, obviamente, el maletín. Para la vuelta no tenemos problemas porque cada uno tiene derecho a una maleta de mano, a pesar de ser una línea de bajo costo.

Nuevamente hemos tomado mucha agua porque entre la gripa y el calor, uno pierde montones.

Hoy me estrené el perfume Paco Rabane que Graciela me regaló en el avión. Las aerolíneas de bajo costo venden de todo: desde el sanduche y la gaseosa hasta toda la parafernalia clásica: licores, pulseras, juguetes y para los hombres, perfumes.

En mis primeros viajes yo siempre guardaba un montón de maricaditas, por decir algo, los pasajes, las postales de los hoteles, los tiquetes de entrada a los museos, los tiquetes del metro, en fin. Pero tengo más de 100 álbumes que he revisado justo para hacer mi autobiografía y ya no sé dónde meterlos. Ciertamente ha habido momentos en que los he vuelto a mirar, incluso con Graciela y resulta delicioso. Pero ya con mis crónicas es suficiente.

Los venditos horarios de los españoles. En Colombia los museos los están cerrando a las 4 de la tarde y aquí los están abriendo a esa misma hora. Todo al revés, igual con la comida. bueno es cierto que uno consigue, por ejemplo, desayuno en el hotel desde las 8 de la mañana, de 8 a 10, ahí es diferente el ritmo y también si le toca salir a la calle lo consigue, no es tan enredado; más enredado el almuerzo, eso sí, almuerzan 2, 3 de la tarde y cenan pues 11 de la noche; tienen un horario muy raro.

La Coruña

Esta mañana salimos para La Coruña. Cogimos un tren con mucha facilidad. Esos trenes eléctricos; todos de rieles anchos y muy veloces. En 35 minutos llegamos, Graciela me había hecho un regalo maravilloso que era un cojín de esos que uno se enrosca alrededor del cuello para poder dormir; lo llevamos y efectivamente me eché mi siestica anticipada. La Coruña fue una sorpresa, ambos teníamos una imagen de algo parecido a la bahía de San Sebastián y no, aquí encontramos el malecón con grúas enormes para descargar a los barcos. Eso sí, unas edificaciones con una peculiaridad que solamente la había visto en la plaza de armas de Lima, y es que la fachada, a partir del segundo piso, y por tres o cuatro pisos, es un enorme ventanal, pero no son vidrios pequeños, de 20 x 20 y el resto es todo un entramado de madera, una selocía que lo hace ver muy especial. Esto, que aparecía en las fachadas de los edificios que daban a la costa, permanecía

como una constante en todos los edificios; como una moda, no sé de qué época, pero estaba muy difundida.

Y caminamos. Eso sí, el frío era terrible. Nunca nos lo imaginamos porque en Santiago de Compostela e incluso en Madrid, la mañana no es helada; usted simplemente se pone un saco y la soporta sin dificultad. Pero no, aquí ya no era posible hacerlo y además, pasaban las horas y en lugar de mejorar, el clima empeoraba.

Como no hay mal que por bien no venga me resultó estupendo porque Graciela resolvió regalarme una bufanda; claro, refunfuñó porque como soy mal pobre, terminamos comprándola en Benetton. Linda y me ayudó a enfrentar el clima. Era tan duro, que ella, a pesar de que llevaba un chaleco y una bufanda, le tocó comprar un chompita. Los pronósticos del clima no hablaban de bajas temperaturas. No sé, este rollo de la sensación térmica y temperaturas y grados centígrados es muy despistador porque era 18 grados, pero podrían ser 13 grados de sensación térmica, tal vez por el viento, era muchísimo menor.

De Regreso a Madrid

El Reina Sofía

Llegamos esta mañana de Santiago de Compostela, nos levantamos a las 4 de la mañana. El viaje siempre es una hora en avión. Llegamos a Madrid y teníamos que dejar los maletines pequeños en el nuevo hotel, recoger las maletas en el antiguo hostel e instalarnos en el nuevo, que es una hotelazo, de 4 estrellas.

Como faltaba tiempo para que nos dieran la habitación resolvimos irnos para el Reina Sofía. Lo recordaba entre gallos y medía noche porque el Reina Sofía tiene un par de torres de vidrio, dónde van los ascensores, que lo hacen muy especial. El tesoro del Reina Sofía es el Guernica de Picasso y allá fuimos a dar. Por fortuna, esto de los museos más o menos ya lo manejamos, porque si usted se mete a ver sala tras sala, se vuelve una cosa kafkiana. Cada vez que ve una, se abre la puerta para dos salas más y así hasta el infinito.

El Guernica es muy particular, se encuentra alrededor de una serie de salas que lo enmarcan dentro de la guerra civil española, muy contextualizado. Es enorme el espacio que ocupa el contexto. El cuadro en sí siempre es grande (¿son 4 por 10 metros?) tal vez menos. Entre otras cosas no lo dejan fotografiar pero en las salas de contexto hay unos 400 ó 500 metros de exhibición; unas que son, por ejemplo, películas, películas de la guerra. También hay periódicos, cartas, fotografías,

libros, afiches, muy didáctico porque el cuento del cuadro suelto realmente es muy simplificador. Sin contexto no alcanza usted a comprenderlo suficientemente; eso me encantó. Guernica en si misma es una cosa aterradora. El bombardeo y la destrucción. Y toda la guerra civil española, que apenas comienza a destaparse.

Más adelante ya, después de salir del museo encontramos en la Puerta del Sol, un grupo de activistas que estaban abogando porque se visualizara todo lo que había sido Primo de Rivera y Franco, no sé cuántas décadas después de lo que pasó. Más vale tarde que nunca.

Graciolina compró algunas cositas chiquitas en la tienda del Reina Sofía. A mí ya no me cabe nada en la casa, pero, además, libros, no es el cuento mío en este momento. Yo estaba buscando un adorno como el que encontré, por ejemplo, en Barcelona, en la casa de Gaudí. De Miró había algunas piezas, pero ya en Barcelona mismo habíamos comprado una cerámica preciosa. De todos modos, es siempre lindo pasearse por las tiendas. No me encarreté con nada.

Ultimo día en Madrid, Domingo

Las patinetas

Acabo de tener una especie de epifanía. Siempre he visto unas patinetas eléctricas por ahí en la calle. Hoy finalmente me atreví y le pregunté a uno de los muchachos cómo se hacía para alquilar una. Me dicen: “eso es una aplicación, usted la baja, la conecta; y le cobran como 90 centavos el kilómetro; y una vez que termine de usarla usted la deja en los lugares establecidos, que son muchísimos y allí ya se desconecta”. Y yo le pregunté: “¿y no se las roban?”, “No, eso debe tener una GPS para controlarlas”. Entonces inmediatamente me dije: “Eso es lo que yo necesito”, porque se me dificulta caminar. Siento como un desaliento, es el bendito betabloqueador. Tengo que caminar despacio y en subida debo hacer no sé cuántas paradas. Eso es pesado; pesado para mí y pesado para mi acompañante. Si tuviera esas patinetas pues sería una maravilla porque en muchos de los recorridos, no todos, se hubieran podido utilizar. Claro, eso implica que usted tenga un teléfono celular, que esté conectado, que tenga datos y todo ese tipo de cosas, porque aquí lo que uno tiene es el celular que se conecta a la wi-fi de los hoteles o de los aeropuertos. De resto, no puede llamar a nadie, ni recibir llamadas, no le entra Internet, nada.

Recuerdo que la penúltima vez que estuve en Nueva York, lo que hice al llegar fue comprar un teléfono celular para comunicarme con mi hija Ángela; yo le avisaba: “mire, estoy cogiendo el tren de cercanías” y ella calculaba; se gasta más o menos

una hora a tal sitio, debo salir en tal momento. Inclusive compré dos, de obsesivo, por si alguno de los 3 nos llegamos a perder. Creo que aquí uno podría llegar y comprar un celular. Allá resultaba muy barato ponerlo a funcionar. El celular se lo regalé a Ángela Ponce que se fue a visitar el hijo a Estados Unidos: “mire aquí está este celular, debe tener 20 dólares, 15 dólares, a mí ya no me sirve para nada”.

El Palacio Real

Nos fuimos al Palacio Real que curiosamente queda muy cerca del segundo Hotel donde nos alojamos en Madrid. A nivel arquitectónico es solemne, uno se llega a sentir otra vez en Versalles, cosa que no pasaba por ejemplo en Portugal. Cuando uno visitaba los aposentos reales estos no tienen términos de comparación con los de Paris, pero aquí, aquí sí; aquí hay un Palacio Real que bien puede ser un equivalente a Versalles, con una diferencia y muy grata visualmente, que Versalles está como en una escampado. Al lado y lado de Versalles no hay nada, pero aquí está todo rodeado de edificaciones, edificios no muy altos, 5, 6 pisos; edificios hermosos y me supongo que absolutamente costoso, lo que hace mucho más acogedor el Palacio pues lo envuelve. Es la sensación que uno tiene cuando visita en Bilbao el Guggenheim. Todo el Guggenheim está rodeado de edificaciones, no tan como homogéneas como las del Palacio Real aquí en Madrid; son de diversas épocas, de diferentes estilos pero todas crean esa sensación acogedora.

Llega uno a al Palacio Real y comienza a pasearse por esos patios enormes y esas salas, salitas y salotas llenas de mármoles y de gobelinos. Es interesante del gobelino, porque el gobelino es una especie de pintura móvil. Se usaba para adornar las casas y cuando los reyes salían de sus palacios y se iban a otra localidad a pasar el frío o el calor, no sé, se llevaban los gobelinos para adornar y ambientar las locaciones. Bueno, pues aquí, sin ser seguramente esa la función hay montones de gobelinos que cubren paredes enteras. Y comienza uno a ver también como en Versalles, la sala de los espejos, la sala de los relojes (unos relojes que parecen de oro puro), la sala azul, la sala gris. También ver un comedor como para 50, 60 personas con la mesa puesta; vajillas con no sé cuántos cubiertos y no sé cuántas copas y las copas de no sé qué cristales. Y aquí se sentaba Felipe III y aquí Enrique IV hacía pipí y aquí la Reina Isabel consentía sus gatos y uno dice: “Pero cuánta ignominia”. Qué tipo de estructura socioeconómica sostenía esta irracionalidad. Que unos cuasi parientes, hijos de los dioses, se dieran estos lujos y estas extravagancias. De qué vivía el resto de la gente, cómo serían los impuestos que debía pagar. La historia de la humanidad es la historia de la ignominia, ¿no?, y paradójicamente, si uno no se da cuenta y se

pellizca, termina magnificándola en estos tours; y paradójicamente queda admirado de la riqueza y el poderío de los reyes. Ese fue nuestro paseo por el Palacio Real.

Se me olvidaba contar que en la tienda del Palacio Real compré uno se de esos muebles a escala, chiquiticos, 15 centímetros, tal vez 10 de alto. Es el trono del rey con no sé qué nombre. Es para mi colección de sillas, ahí lo tengo, es como en yeso. Espero que a pesar de que está muy bien protegido en una cajita de cartón, no vaya sufrir ningún porrazo.

Haciendo la cola al frente de la entrada al Palacio existe una catedral gigante, tenía unas campanas que bueno, al principio sonaban pin, tin; eran dos o tres soniditos. Pero iban a ser las 12, y faltando como 5 para las 12, empezó un bombardeo de campanazos que usted sentía que estaban llamando a esconderse en los refugios antiaéreos. Tienen un sonido muy agudo y muy fuerte y no paraban y no paraban. Resultaba un poco atemorizante.

Regresando a Bogotá

Hoy resolvimos almorzar en un equivalente al Burguer King; almorzamos hamburguesas. Muy llamativo que uno termine regresando como a la comida más cercana. El problema de las comidas típicas no es solamente la cantidad que siempre nos superaba, sino también la diversidad.

Graciela se comunicó por teléfono hoy con Juanjo. Él se había perdido, ayer no escribió ningún mensajito y era indispensable si quería que le llevaran los tenis que la mamá le había prometido, que le dijera la talla. Yo puse un mensajito, le escribí y respondió diciendo que era tal y tal. Y hablamos un rato; eran como las 3 de la tarde acá, como la una en Bogotá. Le planteamos que si nos podía recoger y dijo que sí. Estamos llegando a Bogotá como a las 3 de la tarde.